

Revisitando la *antropología de la migración*; frontera, actores y trabajo de campo

Gloria Ciria Valdéz-Gardea*

El presente análisis surgió de una serie de reflexiones realizadas durante trabajo de campo en las comunidades fronterizas de Agua Prieta, Nogales, San Luis Río Colorado y el corredor Altar-El Sásabe, Sonora, de junio de 2006 a marzo de 2007, que dieron pie para repensar algunas de las categorías y supuestos subyacentes en los estudios sobre migración e incluso en las metodologías utilizadas por los antropólogos. Lo anterior permitió esbozar algunos puntos que no pretenden agotar el tema, sino más bien iniciar su discusión.

Repensar las *antropologías de la migración* requeriría discutir el concepto de frontera (no sólo como el espacio en donde se “materializa” el cruce); hablar de técnicas metodológicas para el estudio de grupos complejos, móviles y volátiles en un contexto dinámico y reconocer la heterogeneidad del sujeto de estudio, que desafía al estereotipo tradicional del actor migrante.

* Profesora-investigadora en el Centro de Estudios de América del Norte de El Colegio de Sonora. Correo electrónico: gvaldez@colson.edu.mx

La frontera revisitada

Diferentes autores perciben la necesidad de estudiar la frontera desde una perspectiva interdisciplinaria y transfronteriza, que supere los enfoques históricos y geopolíticos tradicionales, que en su mayoría se asientan en un concepto obsoleto de ella, ligada a los procesos de militarización, burocratización, centralización y legitimación de los Estados nacionales (Massey, Durand y Malone 2002; Vila 2003; Kearney 1995)

Sin duda alguna, las dinámicas nuevas generadas por los procesos de globalización en su vertiente triple: flujos globales, individualismo radical e identidades de resistencia, requieren de conceptos y teorías nuevos, que ayuden a interpretar esta realidad compleja.

En el análisis de los casos de estudio de migrantes, las fronteras que han cruzado y continúan haciéndolo son muchas más que las nacionales. Una gran cantidad de ellos proviene de comunidades con larga tradición migratoria, y las fronteras que cruzan son étnicas, culturales, estatales y geográficas dentro de México, así como la que divide a este país de Estados Unidos. En el caso de menores migrantes por ejemplo, las entrevistas muestran que muchos de ellos han experimentado doble o triple proceso migratorio dentro de su estado natal (ranchería-comunidad rural-ciudad) antes de dirigirse hacia el norte, en busca de la migración internacional.

Más aún, cuando los migrantes entran a Estados Unidos de nuevo están cruzando otra serie de fronteras regionales que son a menudo distintas de las mexicanas, pero también pueden sobreponerse. Como por ejemplo la jerarquía racial/étnica de México que se vive en las comunidades mexicanas allá (Stephen 2007), o el discurso regionalista escuchado en entrevistas con migrantes en San Diego, en donde se hace notar el *antichilanguismo* (Valdéz-

Gardea y Balslev-Claussen 2007). Lo anterior muestra los conflictos dentro de la comunidad migrante, contrario a la idea de la existencia de redes sociales basadas en apoyo mutuo y armonía.

De esta manera, el análisis tradicional de estudios de la frontera, representado geográficamente por las comunidades colindantes con el país vecino, conocidas como ciudades "hermanas", resulta limitado para el estudio de las prácticas migratorias que confluyen ahí, y más cuando en ellas están involucrados una serie de eventos y experiencias que traen consigo los migrantes, que permean (*shape*) el entorno social, cultural, urbano y arquitectónico de las localidades fronterizas, las de tránsito y las temporales.

Como lo apunta Méndez: "[...] la frontera es área de transición en amplio sentido, en ella se define sólo de manera momentánea el destino de los flujos concurrentes. Esta conciencia de lo efímero y lo relativo en el espacio es lo que configura los rasgos arquitectónicos peculiares [...]" (2006, 13).

La presencia de migrantes en tránsito o temporales, asentados en las comunidades fronterizas y las aledañas, como el poblado Miguel Alemán, Estación Pesqueira, Altar y Caborca, en Sonora, ha diversificado su espacio público en términos de restaurantes, negocios, escuelas e instituciones culturales. También ha generado la creación de una serie de organizaciones de la sociedad civil y de base religiosa como las casas de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA, por sus siglas en inglés), en Agua Prieta y Tijuana; el albergue Juan Bosco, en Nogales; la Casa de la Mujer Migrante, en Agua Prieta; el Albergue del Desierto y Centro de Apoyo al Trabajador Migrante, en Tijuana, y el Centro Comunitario de Atención al Migrante y Necesitado (CCAMYN) en Altar, por nombrar sólo algunos.

Por otra parte, las políticas estadounidenses antiinmigrantes, que prácticamente han sellado las áreas tradicionales de cruce (Tijuana/San Diego; Ciudad Juárez/El Paso) debido a su militarización, han dirigido el movimiento migratorio a otros lugares como Altar, convertido en un sitio de confluencia en aumento de diversas mezclas de personas, que producen una geografía estratégica para el proceso migratorio internacional. Altar, al igual que otras localidades fronterizas, funge desde la década de 1990 como sitio de contención para la migración hacia Estados Unidos (Massey, Durand y Malone, 2002).

Altar es también un ejemplo de esas geografías rurales olvidadas (Philo 1992; Valdéz-Gardea 2007) por las políticas de desarrollo regional y por los estudios migratorios, que han favorecido al llamado, sarcásticamente “centro fronterizo” (Valdéz-Gardea 2007), que producen una asimetría académica en los estudios migratorios, y olvidan que en la actualidad son los asentamientos localizados en la “periferia fronteriza” los que se han convertido en puntos centrales para la migración. El “centro fronterizo” Tijuana-San Diego; Ciudad Juárez-El Paso; Nogales Sonora-Nogales Arizona, etcétera, ha protagonizado los estudios migratorios en las ciencias sociales. La también denominada “frontera frente” se ha definido desde el poder central (Castillo et al. 2006). Dichos autores critican que los centros de poder visualicen a la frontera como espacio limítrofe de uno de los lados, y consideran importante trascender hacia una visión que plantee las dinámicas estrechas entre ambas áreas y los procesos que les otorgan identidades (Ibid.).

Por ejemplo, Altar se encuentra a alrededor de hora y media de El Sásabe, frontera con El Sasabe, Arizona; sin embargo, se ha convertido en la sala de espera más importante para las dinámicas y prácticas de la migración internacional. Lo anterior representa una limitante para

analizar el acontecer de la frontera, pues encapsula la teoría y las prácticas en espacios duales, como las comunidades que colindan directamente con Estados Unidos.

Para no caer en la tentación de narraciones esencialistas, que adoptan el punto de vista del actor migrante oprimido, víctima de la globalización, lo que ocasiona relatos fragmentados de la realidad (García 2006), hay que abrirse a un criterio más amplio del concepto de frontera, donde ésta se desterritorializa, así como las investigaciones sobre ella; hay que ampliarla y combinar los aspectos geográficos, simbólicos y disciplinarios (Grimson 2003). Abrirse a un concepto más amplio de frontera permitiría presentar la voz del actor migrante, para entender y nombrar los lugares donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto con otros. Las categorías de contradicción y conflicto están, por tanto, en la manera de concebir la investigación en la frontera.

Lo limitado de considerar sólo el espacio fronterizo dual, como eje para analizar lo que acontece en el proceso migratorio, reduce el análisis de las relaciones que se gestan, nutren y reproducen desde y para las comunidades de origen, articuladas a lo largo de la historia, y que se traducen, entre otras cosas, en redes sociales y capital social (como la socialización del fenómeno migratorio en la vida cotidiana, la escuela, la iglesia, el changarro de la esquina, la convivencia en el barrio; contar qué te mandó tu padre de Estados Unidos, etcétera), que trascienden a las comunidades de paso (en Hermosillo los migrantes llegan en el ferrocarril y se quedan en la ciudad y en el poblado Miguel Alemán) a las fronteras (Caborca, Altar, El Sásabe) y la infraestructura que se forja alrededor del fenómeno, las colonias, religiones y organismos, lengua, educación, costumbres y alimentación en las ciudades receptoras.

En resumen, el concepto frontera (visto como comunidades separadas por líneas divisorias) se achica por las interacciones complejas producto de experiencias acumulativas que los migrantes llevan consigo, y que muchas veces dejan al asentarse por periodos largos o permanentes. Estas interacciones rebasan el análisis tradicional de la frontera "dual", e invitan a reflexionar sobre los desafíos teóricos y metodológicos que trae consigo el espacio fronterizo concebido históricamente como "de paso", pero que según algunos autores tiende, desde mediados de 1990, a retener a más migrantes.

Actores globales

La globalización ha puesto en crisis los marcos ideológicos dominantes en los estudios sobre migración, que habían mantenido la estabilidad y definición de las identidades del actor migrante, sin permitir la irrupción de su heterogeneidad (Hale 1997, 574). Sin embargo, ésta se ha vuelto evidente en los últimos años, y ha mostrado que las consecuencias de la globalización han acentuado las desigualdades, el descenso en la calidad de vida o las dificultades de sobrevivir. Los esquemas tradicionales del migrante varón pobre, no educado del área rural mexicana, han sido desplazados por hombres y mujeres de todas las edades, provenientes de diversas partes del país, de todas las clases sociales y con agendas diversas.

Por ejemplo, en los últimos años se ha incrementado la presencia de menores migrantes, en especial entre 14 y 17 años de edad, y muchos ya son padres o madres de familia o viven en unión libre, y pese a su corta edad ya tienen la responsabilidad del cuidado de la familia. También se entrevistó a menores que viven con uno de los padres, en la casa de los abuelos, y que perciben la necesidad de

contribuir o ser el sustento económico principal de la familia. Ello perfila a una generación de migrantes jóvenes, que está produciendo y reproduciendo el proceso migratorio en toda su extensión. Lo anterior desafía los esquemas presentados por la limitada literatura sobre el tema, que muestra a los menores como viajeros pasivos, acompañantes, aventureros o que sólo buscan la reunificación familiar, y habla de la necesidad de moverse hacia un análisis más dinámico de la situación, que muestre la complejidad y heterogeneidad del fenómeno. Situación ilustrada con el ejemplo siguiente:

En el albergue Camino a Casa, del menor migrante repatriado en Nogales, Sonora, conocimos a Esmeralda una hermosa joven de 15 años de edad, ojos verdes, piel blanca y cabello largo y oscuro, originaria de Culiacán, Sinaloa. Al principio creímos que era una de las secretarias del albergue, pues vestía unas zapatillas negras tacón número 7, pantalón de mezclilla que moldeaba su figura, quizás talla 3, una blusa negra con un pronunciado cuello V con encaje del mismo color, y una pequeño saco blanco. Su pelo estaba peinado en una cola que caía por la espalda, aunque ella insistía colocarla a un lado de su pecho. Esmeralda había intentado cruzar sola hacia Nogales, Arizona, con una credencial falsa que dice se encontró en la central camionera de Nogales, Sonora. Ella iba a encontrarse con su esposo de 21 años de edad, quien tenía 4 meses trabajando en Phoenix. La idea era, según comentó, `voy a ir a hacer la tarea, pues queremos tener un hijo'. Sin embargo, el intento de cruce no funcionó. El agente fronterizo la llevó a una de las oficinas al ver que la credencial no concordaba con su descripción física `y eso que me solté el pelo -dice Esmeralda-, y me lo alboroté un poco para parecerme a la muchacha de la

foto pero ni al caso'. En la oficina el agente, una mujer, la revisó de pies a cabeza. Esmeralda comenta: 'yo creo que era lesbiana, pues me metió mano entre mis piernas y por atrás y me tuve que levantar la blusa'.

El aspecto de Esmeralda levantó muchos comentarios en el albergue entre los jóvenes, 'parece payaso con tanto maquillaje', decían unos. 'Imagínate que hubiera caminado: no llega, la violan así, otros'. Para Esmeralda todos eran una bola de nacos, y lo único que quería era irse, 'yo soy diferente, yo no pertenezco a este lugar me muero por irme, ni al caso', dijo.¹

Los estudios antropológicos sobre migración han tenido que moverse de aquellas comunidades "aisladas" y "remotas", que tradicionalmente habían sido el blanco de una buena parte del discurso sobre migración y que habían definido la identidad del actor migrante, hacia estudios que desafían categorías y modelos preconcebidos, que parecen decir que el mundo se mueve en más de una dirección.

Poblaciones complejas y trabajo de campo

El trabajo de campo antropológico cuenta con una larga historia, desde Lewis Morgan, quien describió las relaciones de parentesco de los indios iroqueses, Franz Boas y su trabajo de campo en la isla Vancouver, a donde viajaba diariamente desde su hotel en un pueblo cercano, para recabar datos de informantes clave, a Bronislaw Malinowski

1 Entrevista realizada a menor migrante en el módulo de repatriación Camino a Casa, en Nogales, Sonora (Gloria Ciria Valdéz-Gardea, febrero de 2007).

y la creación de la observación participante. La idea era pasar un año o más solo entre los grupos nativos y aprender de su cultura. Esta idea sigue dominando hasta la fecha, y ha marcado una de las cualidades principales de la antropología estadounidense.

Esta herencia ha tenido su repercusión en la teoría y metodología de los estudios antropológicos. El contexto de la investigación y el de la teoría se reducían al tamaño de la comunidad estudiada. Por otra parte, entre más exótica fuese la investigación, más grande sería el prestigio y obtendría su beneficio en el mercado académico (Lewellen 2002, 56).

La observación participante tradicional estaba justificada por el hecho de que las comunidades estudiadas eran relativamente “estables”, en muchos casos sus pobladores habían pasado allí toda su vida.

Sin embargo, en la actualidad el contexto habla de gente que se mueve constantemente o comunidades que existen durante periodos cortos. De esta manera, lo que se conoce por “culturas, comunidades o lo local”, ya no ocupan territorios estrictamente bien definidos, sino que se encuentran desparramados por todos lados y en un cambio constante de forma. En este marco, surge la pregunta: ¿cuáles son los desafíos de realizar investigación antropológica en el contexto globalizador?

Dentro de estas estructuras definidas débilmente, como podría ser la frontera, el trabajo de campo típico cara a cara, de largo término puede ser insuficiente en la investigación, cuando hay que enfrentarse con poblaciones móviles.

Es decir, el trabajo de campo contemporáneo exige expandir la investigación antropológica hacia lo que algunos autores llaman “comunidades accidentadas de memoria” (Ibid., 102), de gente unida durante lapsos breves debido a eventos traumáticos, como los refugiados en campamen-

tos, las víctimas de desastres naturales, civiles, soldados en guerras o migrantes en tránsito. A estos actores no los une la clase o cultura, sino lazos de necesidad temporal y la intensidad de sus experiencias compartidas. Como lo expresaron algunos jóvenes migrantes en Altar:

Ante la pregunta de buenos días ¿cómo están? Manuel, de 42, años originario de León, Guanajuato, contestó dirigiendo su mirada hacia José, uno de los jóvenes que lo acompañaba, de 29 años, originario del estado de Campeche, 'aquí nomás esperando, dijo Manuel, matando el tiempo es que mi cuate anoche casi no pudo dormir se puso muy malo, es que llegó ya malo pues la refrigeración del camión la ponen muy fuerte'.

Manuel había arribado a Altar el sábado por la mañana, del mes de noviembre del 2006. José, de 29 y Luis de 24 años, originarios del estado de Campeche, tenían 15 días en Altar y dos intentos fallidos de cruce hacia el país vecino, por El Sásabe. Se conocieron en la casa de asistencia en la que estaban hospedados. A escasos dos días de haberse conocido, Manuel ya sabía todo de José y Luis. Estaba notoriamente conmovido por la enfermedad de José, compartía con él el extrañamiento por los hijos, la esposa y los padres 'y fíjese que él tiene una niña de 20 días de nacida', decía Manuel con admiración pero por eso estamos aquí para sacar a los hijos adelante.

'La noche del domingo, cuando José se puso tan malo – comenta Manuel – fui a comprar penicilina 800, una jeringa y alcohol en la farmacia y lo inyecté. La mano de Dios me ayudó, yo había visto cómo se hace dijo, primero se le saca el aire a la jeringa golpeándose así con el dedo [señalaba], después se le pone alcohol

en donde se va a inyectar y luego se le da como una pequeña nalgada y se inyecta. Antes de hacerlo me lavé las manos con alcohol -dijo- sonriendo'. José comentó que ya se sentía mejor.

Esa mañana Manuel lo acompañó a la clínica móvil de la Cruz Roja, en donde le dieron pastillas para la infección de garganta. 'Es que no se puede ir así decía Manuel, es muy peligroso, tiene que estar sano para intentar cruzar de nuevo si no, no va aguantar, se va a quedar tirado por ahí'.

'Cómo no los voy a ayudar si andamos en las mismas decía Manuel, yo me siento un poco responsable pues soy más grande, ellos son muy jóvenes, andan solos igual que yo, andamos en la misma, decía Manuel'.²

Algunos autores comentan que la observación participante en el trabajo de campo sigue siendo un método muy importante en la investigación antropológica, sin embargo, el contexto actual requiere que a este método se le considere alternativo, o que debería ser parte de otros, no como el único utilizado en el proceso investigativo (Ibid. 2002).

Por ejemplo, el presente contexto requiere el seguimiento de redes migratorias a través de la frontera, o entrevistas a migrantes en sus lugares de origen, en las comunidades de paso durante su viaje, los sitios de tránsito parcial, temporal o definitivo (por ejemplo la colonia Metalera en Hermosillo; el poblado Miguel Alemán, Estación Pesqueira, Caborca, Altar o El Sásabe), en los servicios utilizados para viajar y espacios donde interactúan (aeropuertos/avión, centrales camioneras/camiones, estación

2 Entrevista realizada a un adulto migrante, en la plaza pública de Altar, Sonora (Gloria Ciria Valdéz-Gardea, noviembre de 2006).

de ferrocarril/trenes) y en las comunidades receptoras de otro país.

El trabajo de campo es una necesidad en estudios transnacionales, con frecuencia el punto final de destino no es lo importante para el investigador del tema migratorio, sino lo que hay en medio (Ibid.). El análisis de redes, concepto esencial para el entendimiento de la migración, tuvo su auge en los años sesenta y setenta, y ha sido resucitado recientemente, para estudiar este fenómeno.

Otros métodos

Autores como Gupta y Ferguson (1997, 38) hacen un llamado para incluir otras formas de representación, aparte del trabajo de campo, como la investigación de archivo, el análisis del discurso público, entrevistas, periódicos, ficción o representaciones estadísticas de colectividades. A lo anterior se puede agregar el uso del video como herramienta metodológica y los estudios fotográficos, de vital importancia al trabajar con poblaciones móviles.

El trabajo de campo colaborativo es fundamental. Es importante mantener el contacto con los sujetos de estudio, una vez que el trabajo de campo haya terminado (Valdéz-Gardea 2007). En la actualidad es fácil y barato entablar comunicación con algunos informantes por carta, teléfono o correo electrónico (Lewellen 2002). Ello le da un toque refrescante y colaborativo a la investigación, para mantener la información del acontecer y las actualizaciones (*updates*), al mismo tiempo que se avanzaría en uno de los pendientes de la antropología: reconocer al informante (migrante, curandero, pescador, campesino, músico, etcétera), como productor de conocimiento. Como lo plantea la Red de Antropología del Mundo (WAN, por sus siglas en inglés), se debería trabajar para visibilizar los “diferentes

conocimientos que las antropologías centrales ignoran, descalifican o subordinan" (Stephen 2007, 44).

En suma, el contexto actual requiere, por una parte, afinar los métodos en antropología, para abordar la problemática heterogénea y compleja de la frontera como espacio dinámico con interacciones volátiles y llenas de significados.

Por la otra, demanda una participación más activa del antropólogo, para desafiar y denunciar etnográficamente la creación de identidades con carga negativa hacia el actor migrante, impuestas por la tecnología mediática de occidente y reproducidas globalmente. Es decir, la producción y reproducción ideológica de la identidad del migrante como "ilegal", que la ha subjetivizado como peligroso delincuente, causante de inseguridad en las comunidades de tránsito y receptoras, tanto en México como Estados Unidos (para el caso de comunidades fronterizas en México, ver los estudios de Méndez Sáinz 2008).

Al respecto, Santa Ana (2002) analiza el poder del vocabulario para construir, distorsionar y fomentar las imágenes de poblaciones no deseadas. El uso de palabras como "flujo", "mar" o "río" de "gente en las fronteras" deshumaniza a los grupos minoritarios como los latinos y negros. Santa Ana comenta en su trabajo que los mismos activistas y académicos simpatizantes de los migrantes sin querer, perpetúan imágenes negativas al adoptar palabras popularmente aceptadas, y así se convierten en partícipes del sistema político que produce el miedo o desconfianza hacia el sujeto "indeseable".

Lo anterior ha ocasionado, entre otras cosas, la justificación de acciones violentas por parte de grupos como los Minutemen o caza-migrantes y el posicionamiento de este discurso en la agenda política, como se observó con la aprobación por el Senado y la Cámara de Diputados en Estados Unidos en septiembre de 2007, de la construcción

de un muro de 700 millas en su frontera con México; que según los políticos que lo aprobaron, es para prevenir la entrada de personas “ilegales” y para aumentar la “seguridad”.

El desafío consiste en saber cómo mantener la teoría y el activismo comprometidos el uno con el otro para que, en el mejor de los casos, puedan dar lugar a una etnografía que arroje luz sobre los problemas y las oportunidades que se perfilan más adelante (Hale 1997). También en saber cómo presentar los resultados de la investigación, al tiempo que la antropología se desplaza hacia una comunicación efectiva que trascienda la formalidad académica, la autoridad etnográfica (Ibid.) y las declaraciones autocomplacientes (Narayan 1993).

Bibliografía

- Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera. 2006. *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- García Canclini, Néstor. 2006. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Grimson, Alejandro. 2003. Introducción. En *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*, compilado por Scout Michaelsen y David E. Johnson, 13-23. Barcelona: Gedisa.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (editores). 1997. *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkeley: University of California Press.

- Hale, Charles. 1997. Cultural Politics of Identity in Latin America. *Annual Review of Anthropology* 26: 567-90.
- Kearney, Michael. 1995. The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism. *Annual Review of Anthropology* (24): 547-565.
- Lewellen, Ted. 2002. *The Anthropology of Globalization. Cultural Anthropology Enters the 21st Century*. Westport: Bergin and Garvey.
- Massey, Douglas S., Jorge Durand y Nolan J. Malone. 2002. *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in an Age of Economic Integration*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Méndez Sáinz, Eloy. 2008. *Arquitectura sin riesgos. Vivienda y urbanismo de comunidades cercadas*. Plaza y Valdéz, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad de Sonora, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Méndez Sáinz, Eloy. 2006. *Arquitectura transitoria. Espacios de paso y simulación en la frontera México-Estados Unidos*. Hermosillo: El Colegio de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura.
- Narayan, Kirin. 1993. How Native is a "Native" Anthropologist? *American Anthropologist* 95 (3): 671-686.
- Philo, C. 1992. Neglected Rural Geographies: A Review. *Journal of Rural Studies*, 8: 193-207.
- Santa Ana, Otto. 2002. *Brow Tide Rising: Metaphors of Latinos in Contemporary American Public Discourse*. Austin: University of Texas Press

Stephen, Lynn. 2007. La reconceptualización de América Latina: antropologías de las Américas. *The Journal of the Society for Latin America and Caribbean Anthropology* (12:1): 44-74.

Valdéz-Gardea, Gloria Ciria y Helen Balslev-Claussen. 2007. Migración y transnacionalismo. Experiencias de inmigrantes en el transporte público de San Diego, California, 2004. *región y sociedad* (xix): 199-218.

Valdéz-Gardea, Gloria Ciria. 2007. "Soy pescadora de almejas..." *Respuestas a la marginación en el Alto Golfo de California*. Hermosillo: El Colegio de Sonora.

Valdéz-Gardea, Gloria Ciria. 2007. Geografías rurales olvidadas: menores migrantes en tránsito por Altar-El Sásabe, expresión moderna del proceso globalizador. Primer acercamiento. En *Arquitecturas de la globalización*, coordinado por Eloy Méndez. Hermosillo: Mora-Cantúa Editores.

Vila, Pablo. 2003. *Etnography at the border*. Minneapolis: University of Minnesota Press.